Breve exposición sobre la habitación de Dios en el alma humana. En *Las Confesiones*, de San Agustín de Hipona.[1]

Pía Marcela del Campo Rojas.

"Da lo que mandas y manda lo que quieras"[2]

En el coloquio de Ostia Tiberina[3], mientras relata como -junto con Mónica, su madre- llegan a tocar un poco la Sabiduría, recuerda el camino que siguieron para llegar a esta Sabiduría, recorren todos los seres corporales, agregando "Y todavía subimos más arriba en nuestro interior… …y llegamos hasta nuestras mismas mentes y las pasamos también, para llegar a esa región de la abundancia inagotable… …y donde la vida es la Sabiduría, por quien todas las cosas existen… …Pero la Sabiduría no ha sido creada por nadie, sino que es ahora como fue antes y así será siempre…

Y mientras hablábamos de ella y ardientemente la deseábamos, llegamos a tocarla un poco con todo el ímpetu de nuestro corazón; y suspiramos, y dejamos allí prisioneras las primicias de nuestro espíritu. "[4]

Como vemos para llegar a la Sabiduría, que sin duda significa a una de las personas de la Trinidad, esto es a Dios mismo, descienden en su interior hasta elevarse por encima de sus propias mentes y hallan allí, en la cima de si mismos a la ansiada Sabiduría donde encuentran y dejan prisioneras las primicias de su propio espíritu, extraeremos de esto último, que todo existe primeramente en Dios.

Más adelante nos parece que continúa desarrollando este punto, pero buscando a Dios en la memoria del hombre, en el capítulo X "EXAMEN PERSONAL. ESTUDIO SOBRE LA MEMORIA. ESTADO ACTUAL DE SU ESPÍRITU."[5] Nos dice inmediatamente que desde lo que él mismo tiene a su haber, y cuestionando esto, escudriñará en su memoria; agregando que es el actual estado de su espíritu. Esto es, que reconoce a su espíritu en su memoria, mas adelante aclara que lo entiende así porque reconoce su espíritu, al tenerlo guardado en la memoria. Como vimos en el coloquio de Ostia, las primicias del espíritu del hombre están sin duda en la Sabiduría, que en este caso entendemos como el Espíritu Santo (aunque no hay acuerdo en esto).

---

[1] La versión del texto de Agustín de Hipona, *Confesiones*, utilizada en esta breve exposición es, en todo momento, la entregada por Editorial Ciudad Nueva, año 2003.

[2] Agustín de Hipona, *Confesiones*, Ed. Ciudad Nueva, año 2003, Libro X, 29, 40, párr.. primero.

[3] Agustín de Hipona, *Confesiones*, Ed. Ciudad Nueva, año 2003, Libro IX, 10.

[4] Agustín de Hipona, *Confesiones*, Ed. Ciudad Nueva, año 2003, Libro IX, 10, 24.

[5] Agustín de Hipona, *Confesiones*, Ed. Ciudad Nueva, año 2003, Libro X.

Hasta el momento tenemos que: Las primicias del espíritu del hombre están en el Espíritu Santo, y que el hombre llega a esta Sabiduría elevándose al entrar en sí mismo, por sobre su propia mente, podríamos aventurarnos y decir que en la cima del alma humana.

Luego sitúa a la memoria en el alma al decirnos "<<Haré esto o aquello>>, me digo a mi mismo en el vasto espacio de mi alma, tan llena con las imágenes de tantas y tan grandes cosas… …Digo esto en mi interior, y al decirlo, súbitamente salen del mismo tesoro de la memoria las imágenes de todo lo que digo…"[6] El alma tiene como una de sus potencias a la memoria, entonces memoria y alma se identifican, en el espacio del alma. Dice así Agustín "Grande es este poder de la memoria… Y esta fuerza es una facultad de mi alma que pertenece a mi naturaleza, y ni yo mismo comprendo todo lo que soy"[7] Luego se pregunta "¿Será, quizá, porque el alma es demasiado estrecha para contenerse a si misma y por eso no puede saber bien qué es ni en donde está? Pero ¿dónde puede estar lo que de si misma no cabe en ella? ¿Acaso fuera de ella y no en ella? ¿Por qué pues, no lo puede abarcar?"[8]

Vemos en esto, al menos superficialmente y con lo que alcanza nuestra inteligencia, que al decir que "ni yo mismo comprendo todo lo que soy", es porque en el hombre hay algo inabarcable por el propio hombre, que lo desborda, pero que sin duda está en el. Esto que desborda al hombre lo intuimos como la vastedad, lo infinito de Dios, habitando al hombre. Y el que haya algo en el hombre que el mismo hombre no pueda abarcar lo entendemos en el mismo sentido, como una paradoja, el alma humana no puede abarcar a Dios, pero Dios la habita, y la desborda.

Dice Agustín mas adelante en el mismo Capítulo "Dejaré atrás, si, la memoria."[9] Entendemos que dice esto en el contexto de que la memoria está en el alma humana como potencia, y por lo tanto, más arriba de la memoria, esta el alma, donde sigue estando la memoria, en potencia, para cuando sea requerida. Agrega en seguida "¿Dónde te encontraré? Porque si te encuentro fuera de mi memoria, me he olvidado de ti. Y si no me acuerdo de ti, ¿Cómo te podré encontrar?"[10] Para no alejarnos de la idea que desarrolla Agustín recordemos que en el título de este capítulo nos señala que este estudio de la memoria, estado actual de su espíritu lo hará cuestionando, examinando, por lo tanto lo que hace aquí es inducirnos a la respuesta, no sentenciar una conclusión.

---

[6] Agustín de Hipona, *Confesiones*, Ed. Ciudad Nueva, año 2003, libro X, 8, 14, párr.. tercero.

[7] Agustín de Hipona, *Confesiones*, Ed. Ciudad Nueva, año 2003, Libro , X, 8, 15, párr.. primero.

[8] Ibid.

[9] Agustín de Hipona, *Confesiones*, Ed. Ciudad Nueva, año 2003, Libro X, 17, 26, párr.. segundo.

[10] Ibid.

Avanza un poco, y nos habla de la búsqueda de la felicidad "¿Dónde la conocieron para desearla así? ¿Dónde la vieron para amarla?..."[11] "Porque ciertamente no la amaríamos si no la conociéramos…"[12] "Luego la felicidad es conocida de todos los hombres"[13], porque si se les preguntase a los hombres si quieren ser felices, todos responderían que si. La felicidad la asimila al Gozo "pero la vida felíz no la experimentamos en otros, ni con ningún sentido del cuerpo.

¿Se parece, entonces al recuerdo que tenemos del gozo? Puede que sea así."[14] Mas adelante agrega " Porque hay un gozo que no se da a los pecadores , sino sólo a los que desinteresadamente te sirven, cuyo gozo eres tu mismo. Y la misma vida feliz consiste en gozar de ti…"[15]

Como vemos avanza en el texto, dibujando los contornos de esta habitación indudable de Dios en el alma humana, a través de simples e irrefutables conclusiones, como que hay tanto del hombre que éste no puede entender, y este es el misterio, así también recordemos que el gran misterio de la vida del hombre es Dios, contemplar su rostro, así mismo todo hombre tiene esta intuición de Dios y lo busca, lo busca a Él porque sabe qué está buscando, cuando desciende sobre si mismo para elevar su mirada a Dios, a la felicidad. Pero pone un alto Agustín, para no confundirnos e identificar el alma del hombre con Dios, dice así (pág. 356, párr.. segundo) "…así tampoco eres el alma misma, porque tu eres el Señor Dios del alma. Y todas estas cosas cambian, pero tu permaneces inmutable sobre todas las cosas"[16].

Seguido de esto, se pregunta "¿Dónde pues, te encontré para conocerte, si no en ti mismo y por encima de mi?"[17] y finaliza esta reflexión "Y he aquí que tu estabas dentro de mi y yo fuera, y por fuera te buscaba;… Tu estabas conmigo, pero yo no estaba contigo."[18].

Porque, entendemos así este descubrimiento que nos comparte Agustín: Dios está siempre con el hombre –no lo abandona-, pero este, volcado hacia afuera de si mismo no puede encontrarlo. La fuente de donde mana Dios hacia el hombre se encuentra en la cima del alma misma del hombre[19], donde Él nos habita, por esto es que se llega a Dios a través del conocimiento propio (elevarnos en nuestro interior), como lo encontramos en el texto primero que citamos del coloquio de Ostia.

---

[11] Agustín de Hipona, *Confesiones*, Ed. Ciudad Nueva, año 2003, Libro X, 20, 29, párr.. segundo.

[12] Ibid., párr.. tercero.

[13] Ibid., párr.. cuarto.

[14] Agustín de Hipona, *Confesiones*, Ed. Ciudad Nueva, año 2003, Libro X, 21, 30, párr.. segundo y tercero.

[15] Agustín de Hipona, *Confesiones*, Ed. Ciudad Nueva, año 2003, Libro X, 22, 32.

[16] Agustín de Hipona, *Confesiones*, Ed. Ciudad Nueva, año 2003, Libro X, 25, 36, párr.. segundo.

[17] Agustín de Hipona, *Confesiones*, Ed. Ciudad Nueva, año 2003, Libro X, 26, 37.

[18] Agustín de Hipona, *Confesiones*, Ed. Ciudad Nueva, año 2003, Libro X, 27, 38.

[19] Dios es indivisible, y por lo tanto todo Él habita el alma humana.

Y para completar el recorrido circular, volveremos sobre la primera frase que citamos “Da lo que mandas y manda lo que quieras”[20]. Dios se donó al hombre, todo amor, todo verdad, habitándolo, el hombre está mandado entonces a amar, amar la verdad, y desde ahí realizar su vida.

[20] Agustín de Hipona, *Confesiones*, Ed. Ciudad Nueva, año 2003, Libro X, 29, 40, párr.. primero.